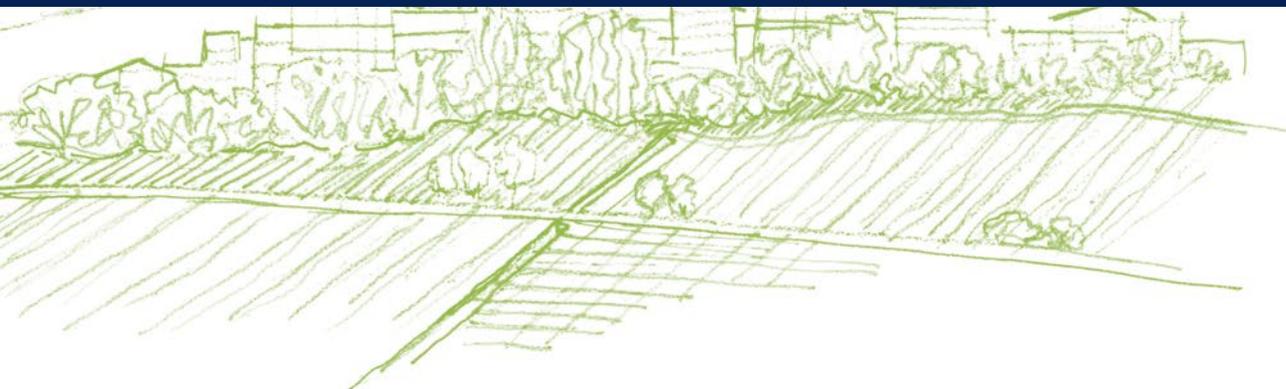


José Canziani / Alexander Schejtman
Editores

CIUDADES INTERMEDIAS Y DESARROLLO TERRITORIAL

Capítulo 9



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Ciudades intermedias y desarrollo territorial
José Canziani y Alexander Schejtman, editores

© José Canziani y Alexander Schejtman, 2013

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: abril de 2013
Primera reimpresión: setiembre de 2015
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-13002
ISBN: 978-612-4146-29-9
Registro del Proyecto Editorial: 31501361500976

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

LOS RELATOS DE LA APERTURA EN LA HIPERCIUDAD EUROPEA

Bernard Declève¹

1. LA HIPERCIUDAD EUROPEA Y EL PROCESO DE URBANIZACIÓN DEL MUNDO

Luego de una treintena de años, existe en Europa un importante movimiento de investigación que busca comprender cómo se formó y en qué consiste esta entidad física y mental que es el territorio. Muchos de estos trabajos se fundan sobre la tensión entre una evolución observable en la realidad, por una parte, la que va en el sentido de *la extensión de lo urbano al conjunto del territorio europeo*, y, por otra parte, la necesidad de encontrar un *nuevo concepto territorial* que permita pensar en este cambio. Para tratar de describir y calificar la manera como las ciudades existentes se han expandido sobre el territorio a todo lo largo del siglo XX, se ha propuesto diversos neologismos: *conurbación*, ya en 1915 por Patrick Geddes; *megalópolis*, por Jean Gotman en 1961; *ciudad difusa*, por Bernardo Secchi; *urbanización extensiva*, por Alain Léveillé; *interciudad* (*Zwischenstadt*) por Thomas Sieverts; *corapole* por Pier Giorgio Gerosa; *suburbanismo* por Sébastien Marot; *ciudad-archipiélago* por Pierre Veltz; *metrópolis policéntrica*, por Michel Bassand; *métapolis* por François Asher en 1995); o simplemente lo urbano de Henri Lefèbvre, retomado por Françoise Choay, que también ha propuesto lo posurbano. En la movida de esta investigación, el suizo André Corboz ha propuesto *hiperciudad*, por analogía con *hipertexto*. El autor justifica su propuesta de la manera siguiente:

[...] se puede definir un texto como párrafos sucesivos, generalmente impresos sobre el papel, que se lee en principio de inicio a fin. Un hipertexto, en cambio, es un conjunto de datos textuales digitales sobre un soporte electrónico y que se pueden leer en órdenes muy diversos. Un texto —este es el punto importante— es una estructura lineal, en principio jerarquizada, perceptible por los sentidos como un todo: un artículo, un libro se toman en la mano. Un hipertexto, por el contrario, no es asible por los sentidos; no posee estructura unívoca e imperativa, se recorre casi *ad libitum*; e incluso no tiene autor o no un solo autor.

¹ Profesor principal de la Facultad de Arquitectura, Ingeniería Arquitectural y Urbanismo de la Universidad Católica de Lovaina (UCL) / bernard.decleve@uclouvain.be

En el vacío léxico que caracteriza hoy en día los establecimientos humanos de dimensiones muy grandes en Europa, el término de hiperciudad [sic] tiene la ventaja de no prejuzgar la densidad (contrariamente a «ciudad extensiva» o a «ciudad difusa») y de no oponerse a las ciudades «históricas», ya que ellas mismas son constituyentes de la hiperciudad (1997).

Podemos observar que la metáfora de la hiperciudad incluye al campo en su representación. Al hacerlo, elimina también el antagonismo ciudad-campo que durante mucho tiempo paralizó el territorio. No resuelve el antagonismo pero lo supera, desplazando el enunciado del mismo: el espacio urbanizado de la hiperciudad es menos aquel donde las construcciones se siguen en orden estrecho, que aquel donde los habitantes han adquirido una mentalidad ciudadana. Eso implica pensar de otra manera las relaciones entre las ciudades y los campos, sabiendo que la representación del antagonismo secular es para Corboz «tan falsa como aquella que concebiría una isla limitada por el agua y definida por ella: es un pensamiento terrestre que no tiene sentido para los pescadores cuyo incesante ir y venir de la tierra al mar usa los umbrales entre los elementos para crear, a partir de dos dominios aparentemente incompatibles, una unidad necesaria» (1997, p. 223).

Corboz recuerda sin embargo que, si la oposición de lo rural y de lo urbano ahora está en el proceso de superarse, es menos en razón del nuevo concepto territorial —la hiperciudad— que solo interviene en segundo lugar, que en virtud de la extensión de lo urbano en el conjunto del territorio.

No es solo que el número de regiones con poblaciones concentradas se ha acrecentado desmesuradamente después de la Segunda Guerra Mundial, sino sobre todo las mentalidades extranjeras en la ciudad, en el conjunto de Europa occidental han sufrido, por lo menos, una metamorfosis decisiva, ligadas a la difusión de los medios de comunicación masiva: más rápidamente que el ferrocarril en el siglo pasado son la radio, la televisión e Internet los que han logrado modificar los comportamientos proponiendo una suerte de homogeneización de los modos de vida a través del adiestramiento de los reflejos culturales. Si se considera bajo este punto de vista antropológico, la oposición ciudad-campo cesa, porque la ciudad ha prevalecido.

2. APERTURA DEL ESPACIO Y REDES

Es con la hiperciudad como figura de fondo que abordaremos la cuestión de la apertura del espacio. Esta no se genera solo por la actualidad del territorio; tiene raíces profundas en la historia del urbanismo europeo. Está ligada directamente con nociones espaciales tan fundamentales y complejas como los límites, la extensión, la centralidad o la densidad. La historia del urbanismo da cuenta de una tensión

constante entre estos dos modelos: el de la relajación del centro sobre sus periferias y el de la dispersión de las densidades en toda la extensión. El primer modelo se refiere a la topología de círculo, mientras que el segundo se refiere al de la red isótropa. Estas dos figuras tienen una dimensión utópica en el doble sentido del término *u-topía*, que significa a la vez «no lugar» y «buen lugar o lugar de la felicidad». La figura cerrada del círculo se refiere a las ideas del lugar, de límites y de una colectividad caracterizada por los rasgos de la comunidad más que aquellos de la sociedad. Está íntimamente asociada a las funciones urbanas de residir y de habitar. Es la figura de la ciudad como modelo cultural de vida en conjunto en un mismo lugar. En cambio, la figura de la red se refiere a las configuraciones sociales y a los dispositivos técnicos que permiten la apropiación del espacio *infinitamente abierto*. Está ligada a las exigencias urbanas de conectividad, de movilidad y de dominio del tiempo. Es la figura de lo urbano como modelo cultural de estar en todas partes, de forma instantánea.

En realidad, las dos figuras se encabalgan siempre una sobre otra: tiene redes en los círculos, y círculos en las configuraciones en entrelazamientos o en árbol que caracterizan a las redes. Sin embargo, la finalidad política, la práctica, la cultura o simplemente la inercia de la historia empujan siempre a los operadores del territorio a concebir la apertura de la ciudad ya sea dentro de una lógica de círculo, ya sea dentro de una lógica de red.

El paradigma de la red domina el pensamiento del urbanismo contemporáneo. Reposita sobre la hipótesis de que es posible repartir los elementos de la centralidad sobre el conjunto del territorio y que es ventajoso hacerlo. Implica una manera de concebir la posición del hombre en el espacio según un pensamiento reticular, en el que la centralidad ya no es el atributo de un lugar sino el de una red. La noción de una red multinodal viene a reemplazar al binomio centro-periferia como noción que organiza la escena urbana (Mantziaras, 2008, pp. 39-42).

En un texto famoso, Michel Foucault proporciona un fundamento filosófico a esta utopía de la dispersión, en la que reconoce uno de los signos de la modernidad. Le asocia el origen a los descubrimientos del Renacimiento, que abrieron la posibilidad de conceptualizar un espacio sin límites donde el «lugar» cerrado medieval se podía disolver en «lo infinitamente abierto»:

[...] el verdadero escándalo de la obra de Galileo —escribe— no es tanto el haber descubierto, el haber redescubierto más bien, que la Tierra giraba alrededor del sol, sino el haber constituido un espacio infinito e infinitamente abierto, de tal manera que el lugar de la Edad Media se encontraba de cierta manera disuelto, el lugar de una cosa ya no era más que un punto en su movimiento, de la misma manera en que el descanso de una cosa no era más que su movimiento indefinidamente ralentizado. De otro modo, a partir de Galileo, a partir del siglo XVII, la extensión

se sustituye a la localización [...] Hoy en día, el emplazamiento sustituye a la extensión, la que reemplazaba a la localización. El emplazamiento se define por las relaciones de vecindad entre puntos o elementos. Formalmente se les puede describir como series, de árboles, de enlazamientos [...] Estamos en una época en la que el espacio se nos da bajo la forma de relaciones de emplazamiento (1984).

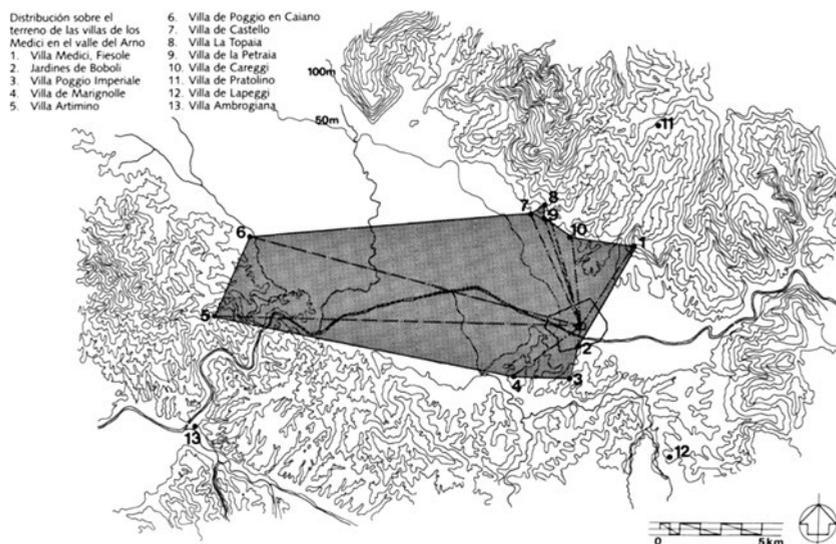
La implementación práctica de la utopía de la dispersión tiene, no obstante, como corolario una sobredeterminación del instrumento reticular: hay redes técnicas múltiples, dotadas cada una de una métrica propia, que recortan físicamente el espacio, engendrando formas inéditas de inclusión-exclusión en lugar de la idea de inclusión integral que el modelo plantea. Está sometida al riesgo de la disolución del lugar en el espacio infinito de la red. Para algunos, esta disolución es ineluctable: es el precio de la modernidad y del progreso. Permite al individuo liberarse de la dominación de lo local que se considera alienante. Para otros, por el contrario, la alienación nace de la desintegración de la vida social en el anonimato suburbano y en la sujeción de la condición urbana al imperativo de movilidad, a la lógica de los flujos y a las restricciones técnicas del sistema reticular. Para otros aun, la mutación del sistema espacial de una lógica de localización hacia una lógica de posicionamiento en un mundo de redes no debería implicar la disolución del lugar sino, por el contrario, reforzarlo como figura motora del desarrollo. Las dos posturas producen proyectos muy diferentes.

Cualquiera que sea la postura del proyecto, la implantación física de las redes técnicas cada vez más numerosas en el territorio engendra una proliferación de nuevos tipos de espacios calificados como «abiertos». Ciertos parques, jardines, correos, calles o plazas son materiales clásicos del proyecto, pero la actualidad de lo urbano requiere reinterpretarlos. Otros son más inéditos o quedan a menudo impensados: playas de estacionamiento, nudos de intercambios o simples intersecciones, los lugares abandonados de vías, ríos o ferrocarriles, pedazos de campo encerrados en la ciudad u otros intersticios, bordes, márgenes, accesos al equipamiento.

3. APERTURA DEL ESPACIO Y ELECCIÓN DE NATURALEZA HUMANA

Una segunda clave del proyecto de apertura-cerrazón del espacio reside en la elección de naturaleza urbana. ¿De qué naturaleza se trata? El espíritu humano se divide entre el ideal de una naturaleza benevolente y la realidad de una naturaleza siempre dominante y a menudo hostil (Mantziaras, 2008, p. 157). Las *culturas* de la naturaleza que resultan de esto se aplican, en el medio urbanizado, a dos *estados de la naturaleza*: la naturaleza civilizada por una parte (naturaleza cultivada en jardines o artefactos públicos y privados), y la naturaleza espontánea y salvaje por otra parte (terrenos baldíos, páramos, márgenes y riveras) (Donadieu & Perigord, 2007, p. 36).

**Figura 1. Distribución de las trece villas de los Médici en el valle del Arno.
Desde cada una de ellas se puede ver el domo de Brunelleschi**



Fuente: Steenberg (2001).

Primera pregunta: ¿evocar la naturaleza en la ciudad no supone olvidarse la evidencia de lo «verde»? De hecho, la naturaleza en la ciudad no es solamente botánica; no se presenta solamente bajo sus formas clásicas: la hierba, el árbol o el agua. Es también tierra (el suelo y la topografía), aire (el clima y los vientos), fuego (el sol, la luz) o tiempo (el ciclo del día y de la noche y el de las estaciones) (Younès, 2000, p. 70). La naturaleza en la ciudad no es tampoco exclusivamente exterior, y son numerosos los artefactos que participan en la apertura de la ciudad reinterpretando la naturaleza de los espacios «interiores»: atrios, calles cubiertas, jardines interiores, etcétera.

Segunda pregunta: ¿no hay que considerar que una ciudad «abierta» es una especie de naturaleza viva «en sí»? Se ha utilizado a menudo la metáfora biológica para hablar de la ciudad. La armonía del organismo vivo contrasta con la idea de fragmentación social y espacial a menudo asociadas a las representaciones más funcionalistas. De hecho, un proceso cultural eminentemente evolutivo y complejo liga orgánicamente a los habitantes de una ciudad con los lugares que habitan, que operan según una dinámica que Augustin Berque llama «la trayección»²:

² «El postulado fundamental de la *mesología* es que, en un medio humano, la realidad procede de una lógica donde la naturaleza (es decir, la Tierra) está en posición de sujeto (S), y la cultura (es decir mundo) en posición de predicado (P); lo que se resume por la fórmula: $r = S/P$, y se lee: *la realidad, es S en tanto que P*. La captura de S en tanto que P no es otra cosa que una predicación («S es P»).

[...] una operación que se relaciona con la manera global en la que lo humano captura su entorno por medio de los sentidos, por el pensamiento, por las palabras y por la acción [...] En ello se puede ver tanto la creatividad de la naturaleza, que no cesa de engendrar especies nuevas como, más específicamente, aquella de las generaciones humanas sucesivas, en la que cada una de ellas da la naturaleza (S) por descontado, cuando en realidad es la obra de las generaciones precedentes (S/P) (2009, p. 35).

Lo que nosotros llamamos naturalización de la ciudad es una forma de trayección que permite tomar la ciudad (S/P) en tanto naturaleza (S).

El concepto de ciudad-paisaje (*Stadtlandschaft*), desarrollado en la Entreguerra en Alemania como escenario de integración de la ciudad en un sistema espacial extenso, traduce esta evolución de una noción de paisaje urbano que integra, como en un cuadro, algunos toques de naturaleza, hacia una concepción más global donde el establecimiento humano se fusiona con el paisaje natural en un paisaje de cultura (*Kulturlandschaft*). En esta visión, los paisajes urbanizados son formaciones artificiales concebidas según las leyes de la técnica, y la naturaleza actúa solo esporádicamente —como la bruma londinense, las avalanchas de nieve o las inundaciones— y es rápidamente escamoteada por la vida cotidiana (Mantziaras, 2008, p. 94).

Los espacios abiertos disponibles para implementar el proyecto de una ciudad concebida «en tanto que» naturaleza, se relacionan con las dos categorías, referidas a los dos estados *civilizado* y *salvaje* de la naturaleza en la ciudad. La primera es la categoría de los espacios verdes, que contiene todos los artefactos de naturaleza provenientes de una voluntad y potencialmente abiertos a un uso social legítimo de producción, de reposo, de oxigenación o de recreación; la segunda contiene los espacios que constituyen lo que el paisajista Gilles Clément (2004) llama *el tercer paisaje*: son espacios sin función económica establecida y escapan a toda intervención pública o privada. Se observará que las fronteras entre esas dos categorías no son herméticas en los hechos: los artefactos civilizados pueden convertirse en un estado salvaje de manera espontánea o por medio de una voluntad privada o pública (por ejemplo, en Europa, los sitios Natura 2000). A la inversa, el terreno baldío, las tierras eriazas, los bordes de vías, de riveras o de ferrocarriles pueden convertirse en naturaleza hecha jardín desde que se manifiesta en ellos una intención paisajística. Todo depende justamente de la manera en que la sociedad inserte la cuestión del «mantenimiento» de la naturaleza dentro de sus representaciones y dentro de su proyecto.

Esta operación no se relaciona solamente con el lenguaje verbal, sino con la manera global en que lo humano captura su ambiente por los sentidos, por el pensamiento, por las palabras y por la acción. Es en este sentido que la califico de *trayección*» (Berque, 2009).

4. REPARTICIÓN DE LAS DENSIDADES Y LOS ESPACIOS PÚBLICOS

La apertura del espacio depende todavía de una tercera clave, que es la concepción de los espacios públicos. Estos son, por definición, «accesibles en cualquier momento —y no tienen por lo tanto ni hora de apertura ni hora de cierre: calles, plazas públicas— por cualquier persona que, sin ninguna discriminación, para actividades que no están necesariamente determinadas de manera explícita, con la condición de que estas se conformen a un reglamento de uso establecido por la autoridad pública» (Rémy & Voyé, 1981, p. 93).

Todo espacio abierto no es evidentemente público. Muchos son además los dispositivos de territorialización que prácticamente «cierran» el espacio, supuestamente público, a ciertas horas, a ciertos grupos o a ciertas actividades por la aplicación de reglamentos de uso establecidos por la autoridad. Simétricamente, ciertos espacios que forman parte del dominio privado —patios y jardines privados, recintos cerrados, atrios, galerías comerciales, clubes deportivos, etcétera— participan en la apertura de la ciudad. Recordemos que el carácter público del espacio no es algo dado, sino un constructo cultural, político y social que depende, en cada lugar, del régimen de relación entre el espacio y la sociedad.

5. EL HÁBITAT, EL TERRITORIO Y LAS REPRESENTACIONES COMO OPERADORES DE LA CIUDAD ABIERTA

En los párrafos que siguen quisiéramos introducir una reflexión sobre los modos operatorios de esta construcción del espacio abierto. Quisiéramos mostrar cómo hace intervenir tres formas de mediación de la relación espacio-sociedad, que son el hábitat, el territorio y las representaciones³. La primera forma es práctica, la segunda es política y la tercera es simbólica.

El hábitat es una mediación práctica, ya que son los usos singulares del espacio (desde la casa hasta el mundo) y las experiencias sociales y culturales, los que hacen el lugar sea habitable. A la par, los relatos de estos empleos y aplicaciones, que permiten describir el hecho de habitar contiene las formas prácticas de la identidad urbana.

El territorio es una mediación política que opera sobre el espacio haciendo visible o sensible un régimen de poder(es) y un «derecho de ciudadanía». El trabajo de territorialización inscribe en el espacio las instituciones y las (infra)estructuras que organizan la sociabilidad. Fija las fronteras y los límites de la influencia de los poderes organizadores de vivir en conjunto.

³ Para una profundización de la noción de mediación y de las tres formas que toma, ver Bernard Lamizet (2007, 2008).

El trabajo del habitar comporta igualmente una vertiente política. Corresponde de una parte a la práctica individual o colectiva de los derechos y responsabilidades adquiridos en el lugar donde uno vive y, por otra parte, a la manera en la que cada individuo o cada grupo se hace reconocer por los otros y contribuye a la producción de los derechos y deberes singulares de los que son eventuales portadores. Es en eso que hay mediación: debido a la práctica cotidiana del espacio asociada al trabajo político de territorialización.

La tercera forma de mediación es simbólica y opera por el trabajo de la cultura. Esta emplea lenguajes escritos, plásticos o sonoros de los que se nutren los relatos y representaciones colectivas (artísticas, científicas o simplemente cotidianas) del espacio habitado, territorializado. Estas representaciones son retransmitidas por medio de imágenes, de escritos, de objetos diversos o de sonidos a los habitantes y a los visitantes de paso, que las utilizan a su vez como materiales de producción imaginaria.

Estas tres formas de mediación coexisten, se articulan y se nutren mutuamente. Actúan como operadores del proyecto de apertura del espacio, a veces de manera convergente, a veces de manera divergente, en función de las situaciones.

6. APERTURA DEL ESPACIO Y EVOLUCIÓN DE LAS FORMAS DE HABITAR

¿Cómo está ligada la problemática de la apertura del espacio a la experiencia del habitar? Lo está primero por los cinco sentidos: los espacios abiertos que cada individuo tiene la posibilidad —real o virtual— de recorrer, de respirar, de percibir, representan para él el terreno donde se opera concreta y cotidianamente la mediación entre sí mismo, el espacio, el tiempo y las otras personas. La apertura del espacio a la percepción puede no ser más que parcial —visual, olfativa, auditiva— o puede al contrario movilizar los cinco sentidos, lo que permite entonces al individuo encontrar en el espacio «abierto» una prolongación de la individualidad del cuerpo.

Hoy en día, el espacio potencialmente disponible a la experiencia sensible se ha dilatado considerablemente para la mayoría de personas, en relación con lo que era incluso hace treinta o treinta y cinco años. Sobre este periodo, ha habido como se sabe un cambio fundamental de nuestra relación con el tiempo. La sociedad contemporánea dispone desde ya de un paquete tecnológico que le permite prácticamente poner en cuestión las nociones de distancia y de límite, y por lo tanto, de pensar de manera diferente las elecciones de ubicación residencial y los modos de sociabilidad.

A esta apertura del espacio asociada a la transformación del tiempo social corresponde el surgimiento progresivo de una nueva demanda social de naturaleza, que hoy en día se ha vuelto particularmente fuerte. Esta se manifiesta a través de la construcción en masa de casas individuales con jardín, y por la práctica de recreación

al aire libre cada vez más intensiva fuera de las ciudades y en los múltiples tipos de espacios verdes urbanizados. Desde el jardín familiar hasta el bosque urbano, pasando por todas las variedades de parques, riberas, montañas, desiertos, no existe sobre el planeta prácticamente ya espacio que no forme parte —de manera práctica, potencial o virtual— de la experiencia de estar en el mundo.

La apertura del espacio del que goza el ciudadano contemporáneo por medio de la movilidad generalizada tiene no obstante efectos paradójicos. Rediseña las fronteras del aquí y del allá, exagera la figura de lo extranjero (Simmel, 1984, pp. 53-61)⁴ y multiplica las prácticas modeladas por un imaginario del temor y de la inseguridad. En este universo reticular, la figura operatoria del vivir en conjunto es más la del campamento (Smets, 2004) que la del espacio abierto. En testimonio de esto está, por todas partes en nuestras ciudades, el fenómeno de reemplazo de los espacios públicos por dominios privados protegidos: el centro comercial que sustituye a la plaza pública, el video doméstico, el multiplex vigilado, los clubes deportivos o las discotecas de admisión restringida. En esta escenografía, el espacio abierto tiene a menudo una función «paisajística» de distanciamiento más que de lugar y apoyo a la sociabilidad.

Este escenario de la movilidad generalizada y de la discontinuidad temporal y espacial no elimina de todos modos otros escenarios centrados sobre la localidad. La crisis de la energía será quizá para muchos la muerte del mito de la distancia abolida, y la mutación hacia la etapa pospetróleo, que pensábamos ver extenderse sobre una veintena de años, podría hacerse a marchas forzadas.

Los cambios ya son perceptibles en la vida cotidiana, en las maneras de consumir, de viajar, de trabajar. Se ve por ejemplo surgir nuevas fórmulas de combinación funcional que permiten reintegrar a los «asalariados desfallecientes», agotados por la obligación cotidiana de atravesar la distancia entre el domicilio periurbano y el lugar de trabajo (Le Breton, 2008). También vemos multiplicarse los huertos y los cortocircuitos de la alimentación en los intersticios de las metrópolis más grandes. En Nueva York, por ejemplo, el barrio de Brooklyn está animado por un movimiento singular, formado por los adeptos del régimen *locavore*⁵, para quienes está prohibido tener en sus platos lo que no ha sido producido, preparado y embalado en un radio de 160 km.

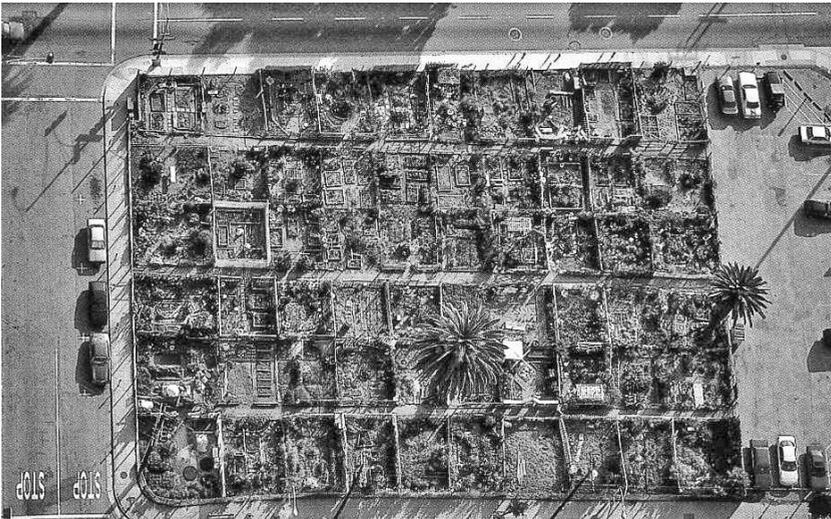
⁴ Lo extranjero es a la vez móvil y fijado en el espacio y comprende en el espacio simbólico las interacciones entre las personas. Para Simmel, judío que sufrió toda su vida el antisemitismo y siempre fue de cierta manera un extranjero en su propia casa, lo extranjero es todo salvo alguien de paso: se acerca más bien al apátrida. La figura de lo extranjero se define entonces por las nociones de distancia y proximidad, que lo hacen endosar un papel específico de mediación en el espacio público.

⁵ *Locavore*: neologismo ingresado en 2007 en el *New Oxford American Dictionary*. Se refiere a los adeptos de un modo alimentario que privilegia los ingredientes locales (Fuente: *Nouvel Observateur*, 2279, 10 al 16 de julio de 2008). Ver también el artículo «Le locavore, délices et délires» («El *locavore*, delicias y delirio»), publicado el 22 de mayo de 2008 por Corinne Lesnes en *Le Monde*.

Luego de las delocalizaciones, he aquí la relocalización: el retorno al huerto, en la esperanza de limitar las emisiones tóxicas de gas. Esta *local food commucopia* se inscribe en la realidad espacial de la ciudad y pone en red las granjas del valle del Hudson (a menudo nacidas del retorno a la tierra de neoyorkinos apasionados), los mercados y algunos restaurantes. Se puede oír contar la historia de un atado de berros cosechado por la mañana, entregado al mediodía y consumido en la noche misma, sin haber recorrido más de 8 km en su corta vida.

Otro ejemplo es la eclosión, en nuestros campos, de actividades múltiples de diversificación agrícola que permiten tener espacios abiertos, mantenidos y económicamente viables, a las puertas de los espacios urbanos, ahí donde el campo se convierte más fácilmente en presa de las lotizaciones. Son numerosas en efecto las familias de agricultores que, rendidos ante la evidencia de que la ganadería o la agricultura no son suficientes para permitirles vivir, se resisten a la tentación de lotizar su tierra o de venderla, y emprenden algunos la apertura de un *bed and breakfast*; otros, de ligar la actividad de explotación agrícola a una actividad de recreación (paseos a caballo, paseos campestres), e incluso a un proyecto de granja pedagógica, donde los ciudadanos pueden descubrir la naturaleza y las actividades de la granja.

Figura 2. Jardines en la ciudad, Santa Monica, California



Fuente: foto de Mc Lean (2003, p. 39).

En la ciudad o en el campo, se ve entonces que la apertura del espacio está en el corazón de la evolución de las maneras de habitar el mundo. Ya sea a modo de jardín o de paisajes de lo que está más allá, el espacio abierto representa una especie

de contraparte idealizada de las condiciones de vida en un medio denso. Contribuye también de manera muy práctica a la fabricación de la ciudad dispersa. La dispersión se ha convertido en una de las formas dominantes del habitar contemporáneo. Buscamos vivir la ciudad bajo la especie del campo, idealmente en un hábitat de tipo rural, rico en espacio y próximo a la naturaleza. Desde un punto de vista ambiental, este modelo sigue estando, en su forma actual, marcado por el desperdicio (de energía, de espacios, etcétera) y genera una contradicción fatal a más o menos largo plazo: la búsqueda de la naturaleza (bajo la forma de paisajes) implica en efecto la destrucción de la naturaleza (en términos de biósfera) (Berque, 2009). El modelo procede igualmente de una contradicción, desde un punto de vista social, en la medida en que la apertura de la ciudad hacia el campo genera más individualismo y segregación que apertura al otro y convivialidad pueblerina.

7. LA APERTURA DEL ESPACIO COMO EL ELEMENTO EN JUEGO DE TERRITORIO

En 1978 el geógrafo francés Paul Claval, analizando la ciudad como lugar de interacciones sociales, explicaba que lo que determinaba la polarización del espacio por la organización urbana era el hecho de que un estado de dispersión (de la población y de los capitales) hacía imposible el nivel de interacción deseado. Según él, desde el momento en que la dispersión no constituya ya un obstáculo, esta polarización centrípeta desaparecería.

Claval subrayaba también la distinción que se debía hacer entre el fenómeno espontáneo de *dispersión* y el proceso de *difusión*, caracterizado por una voluntad inicial y un cierto poder de organizar la apertura, que no existen en el primer caso (1978, pp. 28-29). La noción de la ciudad difusa se tiene que tomar entonces no solamente como un fenómeno, sino como un concepto de proyecto, relacionado con una ideología, con una epistemología, con un vínculo preciso con la técnica y con las relaciones de poderes entre los actores. Esto se traduce por un trabajo incesante de territorialización, desterritorialización, re-territorialización, que fija o desplaza las fronteras políticas o administrativas, posiciona estratégicamente los servicios públicos y las instituciones, negocia zonas de competencia y de accesibilidad, inscribe en el espacio las redes de infraestructura determinando, a diferentes escalas, la geografía de las distancias y las proximidades. Es el dominio de la política y del urbanismo visto como sistema de decisiones.

En este contexto, el éxito que la noción de paisaje tiene ya desde hace algunos decenios señala una evolución notable. Desde el siglo XIX, el paisaje contribuyó en gran medida a la apertura del espacio local y a la construcción de las identidades nacionales, en sinergia además con el desarrollo del ferrocarril y del turismo (Walter, 2004).

La apertura a la firma de la Convención Europea del Paisaje en Florencia, en octubre de 2000, es un indicio de la evolución de la dimensión política del paisaje en el ámbito europeo: compromete en efecto a los países que la han ratificado a pasar de una política de preservación de algunos lugares de excepción, históricos o naturales, a un planeamiento y gestión de la calidad general de todos los lugares (Donadieu & Perigord, 2007, p. 46). Hoy en día, recurrir al paisaje como palanca de planeamiento del territorio es una manera de confirmar el fin de la oposición ciudades/campos sin por ello dejarle a la ciudad la libertad de ocupar todo el suelo. Los espacios abiertos, por medio de las políticas verdes, son materiales privilegiados de esta estrategia de tratamiento.

Si los fenómenos de dispersión son muy diversificados, como lo testimonia la proliferación terminológica que trata de definir sus dinámicas, las estrategias y los mecanismos de difusión de las centralidades urbanas también lo son. En este contexto se observará el particularismo de la problemática valona, muy diferente de aquellas que plantean la *citta diffusa* del norte de Italia, la Randstadt holandesa o la ciudad-trama en Flandes. En Valonia, los espacios naturales y urbanos no están tan totalmente encabalgados como en estos distintos contextos. Esto se debe sobre todo a que la trama paisajística ya fue dominada durante una decena de siglos por los grandes paisajes abiertos (Openfield), luego por la tierra agrícola rodeada de setos en ciertas regiones particulares, antes de que los grandes cambios de la producción agrícola, asociadas a la irrupción de las funciones urbanas en el espacio rural, la simplificaran progresivamente. Hoy en día, incluso si la urbanización de los campos se convierte en el nuevo factor de producción de los espacios rurales (CPDT, 2005), más de la mitad del territorio sigue ocupado por espacios abiertos de naturaleza⁶. En tal contexto, un escenario que considera a la región valona como el jardín de las regiones urbanas que la rodean no es más plausible que el que la presenta como una red de ciudades que nuevamente se han convertido en ganadoras. Uno puede preguntarse además si, en el caso de Valonia, la imagen de la red de ciudades es verdaderamente operante.

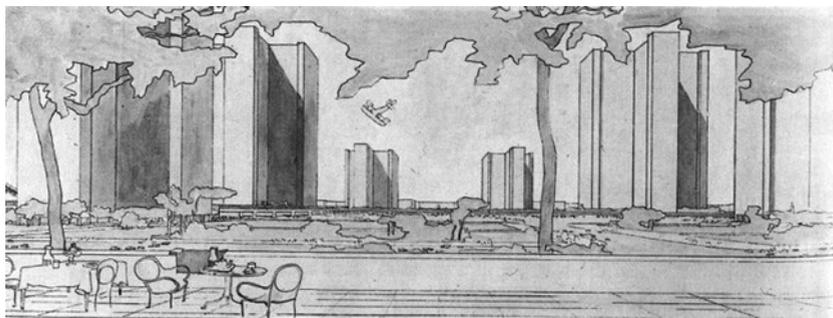
8. RELATOS URBANOS Y UTOPIÁS DE LA DISPERSIÓN

Este ejemplo permite notar la incidencia de las representaciones sobre el trabajo político de la reterritorialización y sobre la marcha del proyecto. Se puede enunciar la hipótesis de que detrás de cada proyecto de planeamiento, de urbanismo o de paisaje, hay una utopía fundadora, una representación no localizada (u-topos) del «buen lugar» (eu-topos) que el proyecto relata. En la antología *L'urbanisme: utopies et réalités*,

⁶ En 2002 había 886 500 hectáreas de espacios no construidos registrados en el catastro como «tierras cultivadas», «pastizales y prados» o «huertos» (CPDT, 2005).

que Françoise Choay consagró a los textos teóricos fundadores del urbanismo, ella introduce una clasificación que reposa sobre tres relatos urbanísticos mayores: uno progresista, que privilegia los valores de progreso, higiene, medio ambiente, eficacia y técnica, y diseña una ciudad donde las *formas* urbanas corresponden a las unidades funcionales autónomas planteadas sobre un *fondo* de naturaleza; un relato culturalista, inspirado por la nostalgia de la ciudad antigua europea tradicional, en el cual la totalidad (la aglomeración urbana) triunfa sobre las partes (los individuos) y el concepto cultural de ciudad antigua triunfa sobre la noción material de ciudad; y un relato naturalista, que se inscribe en la tradición de la corriente antiurbana americana, en el cual la naturaleza se convierte nuevamente en un medio continuo y en donde la idea de ciudad se disuelve en una tela *acéntrica* de pequeñas unidades puntuales ligadas entre sí por una abundante red de carreteras y aérea (1965, pp. 31-48).

Figura 3. Le Corbusier: Una ciudad contemporánea de 3 millones de habitantes (1922)



Fuente: Panorama en perspectiva (Gouache sobre impresión), 45x65 cm. Fundación Le Corbusier, Paris, inv. n° 29711.

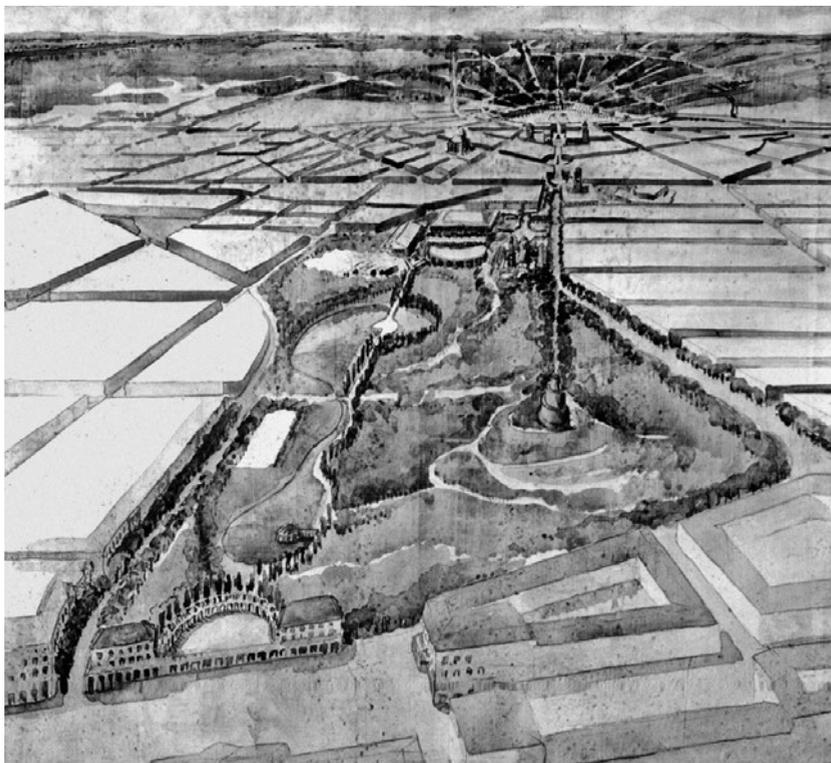
En el relato progresista, la ciudad se considera como un espacio abierto, sometido a las leyes de una geometría «natural». Los objetos construidos vienen a posarse en ella según un recorte funcional relativamente simplista, que separa los lugares donde uno habita, aquellos donde uno trabaja, aquellos que se consagran a la recreación y al mantenimiento del cuerpo, y aquellos finalmente por donde uno circula. La obsesión de la higiene se polariza alrededor de las nociones de sol y de verdor, y conduce a los urbanistas a hacer estallar el espacio cerrado para desdensificarlo y aislar en el sol y el verdor a los edificios que dejan de estar ligados los unos a los otros para convertirse en unidades autónomas. Paralelamente, la mayoría de los urbanistas preconizaron la construcción en altura para reemplazar la continuidad de los antiguos inmuebles bajos por un número reducido de unidades o seudodesarrollos urbanos verticales (1965, p. 35).

Construido sobre todas las demás bases, el relato culturalista lucha por el contrario contra lo que Camillo Sitte llama «la enfermedad moderna del aislamiento». A la estandarización de las respuestas funcionalistas responden la diferenciación y la particularización de la ciudad antigua culturalista. A la ciudad hecha de formas–unidades extensibles al infinito sobre el fondo abstracto de naturaleza, se opone la idea de un espacio abierto recortado «en vacío» en la continuidad del fondo construido. Esta matriz construido-espacio vacío está claramente limitada por un cinturón verde destinado a impedir toda coagulación con otras aglomeraciones.

Por el relato naturalista, la mejor ilustración es el proyecto utópico *Broadacre City*, de Frank Lloyd Wright. La red de circulación enlaza en ella cada punto con la totalidad del espacio y la relación con la técnica moderna es aun más decisiva en ella que en el relato progresista: en efecto, el modelo disperso de *Broadacre* no adquiere sentido más que gracias al automóvil, el avión, el *parkway* y otras técnicas avanzadas de transporte y de comunicación. Pero contrariamente a lo que sucede en el relato progresista, la naturaleza no se reduce a servir de telón de fondo del desarrollo urbano. Por el contrario, la arquitectura está subordinada a la naturaleza, para la que constituye una suerte de introducción, y en la que ella obtiene la organicidad tan cara a F. L. Wright. Para Choay, *Broadacre* es la «única proposición urbanística que rechaza la restricción». La obsesión del rendimiento y de la eficacia, que se imponían en el modelo progresista, no son admitidos aquí, no más que las restricciones malthusianistas sobre las que se articula el relato culturalista. Es un relato, dice la autora, «donde los instintos (sobrerreprimidos) de placer y de vida son finalmente reconocidos».

Un trabajo más reciente de Bernardo Secchi permite completar la estructura de análisis establecida por Choay. El autor analiza allí la evolución de las relaciones entre urbanismo y sociedad en el curso del siglo XX e identifica igualmente tres relatos mayores: el relato del miedo al crecimiento y a la desmesura, el relato de la «gran generación» y el del *welfare* (Secchi, 2004). El primero se refiere bastante literalmente al modelo culturalista de Choay. Secchi explica cómo los proyectos culturalistas se articulan, en la primera parte del siglo, sobre el miedo a la megalópolis y de la concentración del «pueblo», y cómo reacciona enseguida a una angustia casi simétrica cuyo impulso son la disolución de la ciudad en el campo y la pérdida de las identidades. Confirma el veredicto de Choay, para quien el relato culturalista construye el futuro en referencia al pasado, y se relaciona también al lazo fuerte entre el urbanismo y las ciencias sociales, principalmente la sociología y la economía, que dominan el campo.

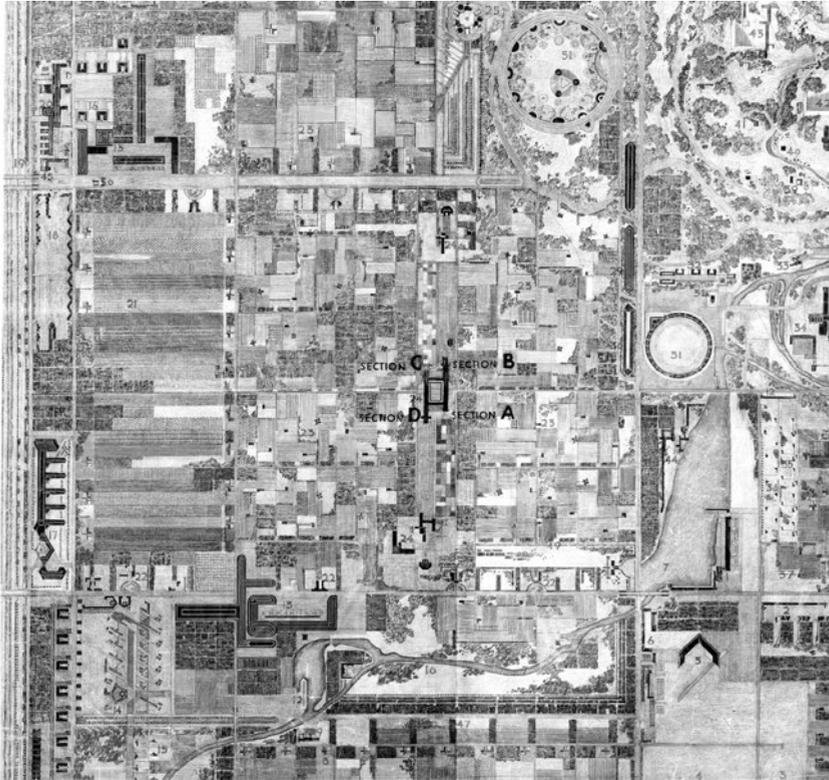
Figura 4. Rob Krier, Karlsruhe, Perspectiva aérea sobre la «Via triumphalis», 1979



Fuente: Rob Krier, *On architecture*, 1982, Academy Editions, Londres, cubierta posterior.

El segundo relato es aquel del progreso. Aquí también, el análisis que el autor hace se recorta sobre el análisis de Choay. Es el relato de una generación que quiere construir una historia diferente, donde el urbanismo y la arquitectura tienen una función motora de síntesis. Su dimensión utópica se expresan por las vanguardias sobre el terreno de las artes, una atención cuidadosa al maquinismo sobre el terreno de las técnicas y las formas a veces ingenuas del determinismo ambiental sobre el terreno social. En la primera parte del siglo XX, este discurso corresponde a la acción constructivista de las vanguardias modernistas. Luego, el relato se invierte como el precedente, el posmodernismo de fin de siglo se caracteriza más por un relato deconstructivista. Cualquiera que fuera la versión, el futuro está diseñado por la imaginación de élites intelectuales y artísticas que a menudo inscriben en él el itinerario de su propio sueño social. La ciencia es el aliado poco objetivo por la obligación que tiene de centrarse en las exigencias de progreso asociadas a la construcción del futuro. De manera general, el futuro corresponde a las representaciones de las estructuras de poder.

Figura 5. Frank Lloyd Wright, *Broadacre City*, Plano general, 1938.
Diseño para *The Living city*, 1958



Fuente: Margot Stipe, *Frank Lloyd Wright Archives*, 2004, Editions du seuil, para la traducción francesa: p. 63.

El autor se desmarca más de Choay con el tercer relato —el del *welfare*—, que narra la búsqueda paciente que realizaron los arquitectos y los urbanistas desde finales del siglo XIX para definir la «distancia justa» entre las cosas y las dimensiones concretas del bienestar individual y colectivo. Sus terrenos de experimentación privilegiados fueron la vivienda social y los equipamientos públicos, pero también la manera en que estos distintos materiales podían componerse al interior de un proyecto de urbanismo. Las concepciones del espacio se anuncian a través de ejemplos ofrecidos a la imitación o a través de enunciados de carácter general. Dimensión, ventilación, iluminación de locales, distribución interna de la vivienda, repartición del equipamiento público, de cunas, escuelas, parques y terrenos deportivos en la ciudad. Los materiales del proyecto ponen en juego toda una batería de argumentos a través de dos lenguajes: uno de ellos es propio sobre todo de la arquitectura, y el otro sobre todo del urbanismo. Es un relato que construye el futuro en el espesor del presente,

dentro de una crítica rigurosa y severa y de una confrontación continua con lo cotidiano. Se distingue en esto del relato progresista, que proyecta un futuro diseñado por la imaginación, así como del modelo culturalista, que piensa el futuro en relación con el pasado. El carácter claramente hedonista de la batería de argumentos que desarrolla lo acerca al relato naturalista, no en su versión moralista, representada por la corriente antiurbana americana, sino tal como se manifiesta en la versión de F. L. Wright con Broadacre City. En el relato del *welfare*, la naturaleza se convierte un poco más cada día en el lugar de prácticas lúdicas o hedonistas ligadas a un empleo del tiempo menos subordinado y a un cuidado de sí mismo más atento. Puede ser reinterpretada, como en Broadacre, como «el lugar y el medio de una nueva estetización de la vida individual y colectiva» (Secchi, 2004).

9. EL DESARROLLO SOSTENIBLE: ¿NUEVO RELATO URBANÍSTICO O VARIANTE DE LOS MODELOS ANTIGUOS?

En este contexto podemos preguntarnos a qué vertiente(s) semántica(s) pertenece el discurso del desarrollo sostenible, y cómo se desarrolla en él el tema de la apertura del espacio. Es la pregunta que nos haremos en la última parte de este texto.

El relato del desarrollo sostenible se construye sobre el redescubrimiento, por la sociedad contemporánea, de la pertenencia del hombre a la naturaleza: es por una parte el reconocimiento —hoy en día bien admitido— del carácter finito de los recursos del medio ambiente y, por otra parte, es la memoria reencontrada, luego de un olvido de dos siglos, de que el hombre no está por encima de la naturaleza sino que le pertenece. Lo que motiva el relato son los temores suscitados por los hechos ambientales que se producen a partir de la actividad humana: el hueco en la capa de ozono o el calentamiento climático. El relato se nutre de los cambios en curso generando progresivamente una nueva cultura del ser en el mundo, que integra globalmente una preocupación ecologista (economizar los recursos del medio ambiente, contaminar menos, conservar mejor) reemplazando a la vez diversas demandas de integración de la relación entre la ciudad y la naturaleza.

Los relatos urbanísticos ligados al redescubrimiento de la relación hombre-naturaleza se inscriben a la vez en la perspectiva teórica del desarrollo sostenible y en la realidad práctica de la dispersión de la urbanización. La naturaleza tiene allí el primer rol: ella domina y estructura el proyecto de planeamiento del territorio y contribuye a la producción de una nueva generación de paisajes urbanos a diferentes escalas. Este relato del redescubrimiento de la naturaleza da lugar nada menos que a distintas variantes, donde se encuentran las motivaciones de los tres relatos precedentes.

En la variante progresista, el hombre forma parte de la naturaleza pero continúa dominándola. Es un coloreado en verde de los mitos del crecimiento y del progreso. Esta variable funciona siempre sobre los mismos criterios territoriales: la disolución de la ciudad en el territorio y la adaptación funcional del territorio a las exigencias de la globalización económica. Siempre da prioridad a la técnica pero se dota, no obstante, de una nueva condición, que es recurrir a tecnologías «propias». La viabilidad de la ciudad se define en esta variante en términos de la eficiencia de la relación entre la forma urbana y el consumo de energía por habitante (Newman & Kenworthy, 1999). Este relato del crecimiento propio le da algo de importancia a la calidad del paisaje, no funcional en términos energético-ambientales. Los partidarios del crecimiento propio apoyarán entonces la extensión de los parques eólicos y enfatizarán la utilización de medios de transporte capaces de realizar economías de energía sustanciales (autos propios, nuevas tecnologías ferroviarias, aviones menos sucios y menos ruidosos), sin inquietarse demasiado por la influencia que tienen las infraestructuras espaciales de estas tecnologías propias sobre los paisajes.

Existe una versión naturalista del relato del desarrollo sostenible que presenta al hombre como enemigo de una naturaleza que se debe proteger. Para impedir que el hombre agote la naturaleza, se delimitará espacios de protección, reservas naturales o parques nacionales. La urbanidad está, en esta versión, relegada a las ciudades que se han vuelto compactas, donde los raros espacios abiertos son objeto de drásticas medidas de protección. Esta preocupación por la protección de la naturaleza y de la biodiversidad genera nuevas formas de organización de la densidad que deja más lugar a los corredores de migración y a distintas formas de redes verdes y azules destinadas a favorecer el desarrollo de la biodiversidad al interior de la ciudad.

10. EL RELATO DE LA NATURALEZA MEDIADORA

Finalmente, la variante culturalista está representada por una corriente preocupada por la planificación del paisaje (*landscape planning*), cuyo pensamiento se funda en una crítica de la evolución reciente de los paisajes rurales en Europa occidental. Esta corriente denuncia por un lado la homogeneización de los paisajes, consecuencia de la difusión geográfica del «modelo granjero de modernización», que debe aumentar sin cesar el nivel de productividad de las explotaciones agrícolas para satisfacer las exigencias de la rentabilidad y de la competitividad y, por tanto, acrecentar continuamente el tamaño de estas reduciendo así drásticamente su número, y adaptar el medio ambiente natural a las nuevas combinaciones de factores de producción. Denuncia por otra parte la fragmentación de los paisajes que resultan de la reducción

de las superficies agrícolas en las pequeñas explotaciones y en la expansión continua de nuevas infraestructuras y actividades de tipos diversos en zonas que antes eran rurales. Considerando que esta evolución induce a una disminución del bienestar colectivo, la corriente en cuestión afirma la necesidad de ir hacia una visión multifuncional del uso de los suelos —para hacer un contrapeso a su utilización monofuncional por la agricultura intensiva— y limitar las nuevas zonificaciones no agrícolas. Su otra preocupación mayor es la estabilización ecológica del territorio (ecoestabilización) para la que se preconiza una doble estrategia: por una parte, la integración de «funciones verdes» en la ciudad compacta, y por otra parte, la creación de una red territorial por medio de «redes ecológicas» de diverso tipo (vías verdes, interconexiones entre paisajes, etcétera) (Peemans & De Rijk, 2004). Sobre esta base de pensamiento crítico, se desarrollan dos líneas de pensamiento y de acción. La primera, funcionalista, fue desarrollada por los planificadores holandeses en los años noventa. La segunda, territorialista, encuentra su referencia en el trabajo sobre la Toscana desarrollado por Alberto Magnaghi y su equipo.

La reflexión de la corriente neerlandesa parte de la idea de que las autoridades planificadoras no pueden oponerse al despliegue espontáneo de los individuos y empresas en las afueras de la ciudad densa, pero que sí se debe controlar la realidad de la ciudad difusa si queremos ser serios con las exigencias del desarrollo sostenible. A partir de ahí, propone una estrategia proactiva centrada sobre la apertura de nuevas combinaciones de desarrollo urbano y rural para permitir la evolución hacia un «sistema urbano» que no esté más centrado exclusivamente sobre la «ciudad compacta» y que supere así la división entre lo «urbano/rural». Este sistema urbano se concibe como un «paisaje urbano» (*city landscapes*), integrado por todos los componentes de las «redes verdes», comprendiéndose allí las nuevas formas de agricultura extensiva para redefinir las relaciones entre espacios urbanos y rurales (Hidding & Teunissen, 2002).

Uno de los grandes méritos de esta corriente es abordar con un sentido crítico la noción de redes y los criterios de rentabilidad económica y de exigencias tecnológicas que están ligados a ellas. Asimismo, el desarrollo de corredores económicos no puede ser más el único factor dominante del planeamiento del territorio. Hay que tener igualmente en cuenta una pluralidad de objetivos (los corredores ecológicos, las redes hidrológicas, las redes de transporte ferroviario) para manejar la integración de todos los elementos del «sistema urbano». La integración de esta pluralidad de objetivos implica formas renovadas de planificación estratégica (2002). A pesar de su carácter incontestablemente innovador, este enfoque holandés sigue estando impregnado de una lógica funcionalista centrada sobre la zonificación y el control de los flujos. Si la naturaleza recibe un tratamiento, el objetivo de la multifuncionalidad de la ocupación

de los suelos corre el riesgo de reproducir sobre el terreno un *patchwork* de zonificaciones, sin duda más «limpio» y más diversificado que antes, pero no obstante huérfano de la dimensión cultural y estética propia de los paisajes habitados por el *genius loci*.

La búsqueda de esta calidad de lugar por la naturalización del lugar es el objeto de la escuela territorialista de Magnaghi, cuyo relato se construye alrededor de la idea de rearticular la ciudad y el paisaje local para contrarrestar la «desterritorialización» engendrada por la metropolización. Tres movimientos articulan este relato en el que la Toscana central provee el principal soporte de análisis y de experimentación: el primero consiste en escindir las metrópolis en pequeñas municipalidades susceptibles de recrear las relaciones conviviales de proximidad. El segundo consiste en reorganizar las regiones en biorregiones urbanas, que Magnaghi llama *Ecópolis* —sistemas de valles, cuencas fluviales, interiores costeros, regiones urbanas— partiendo de redes policéntricas de ciudades. La idea es superar los modelos basados sobre la jerarquía centro-periferia para ir hacia los modelos multipolares más complejos, realizando nuevos equilibrios entre la ciudad y el campo desde el punto de vista de la alimentación, de la movilidad, de la basura, del agua o de la energía. El (re)poblamiento de las zonas rurales y la (re)definición de las márgenes urbanas forman parte de las estrategias previstas. Finalmente, el tercer movimiento se refiere a la recalificación de los centros históricos. En la perspectiva abierta por este enfoque resueltamente utópico,

[...] las redes no jerárquicas de pequeñas y medianas ciudades federadas en ciudades de valle, de cuenca hidrográfica, de biorregiones urbanas, pueden constituir un medio alternativo a un modelo metropolitano. Cada una de estas pequeñas ciudades, en tanto núcleo de una red, se hará así tan poderosa como una metrópolis, a la vez que poseerá, a diferencia de esta última, un hábitat, una producción, un medioambiente, una vida colectiva y equilibrios ecosistémicos de una calidad superior (2003, p. 36).

11. CONCLUSIÓN

De la ciudad cerrada a la urbanidad sin límites, la cuestión de la apertura del espacio siempre ha sido una preocupación central del urbanismo. Como problemática de proyecto, da lugar a concepciones y escenarios múltiples de los que hemos desarrollado tres variables clave: la tensión entre el binomio «centro-periferia» y la figura de la red multinodal como nociones organizadoras y formas de ocupación de la extensión, la cuestión de la elección de la naturaleza urbana y, finalmente, la concepción del espacio público. Luego hemos tratado de mostrar cómo las elecciones de naturaleza

urbana operaban a través de las prácticas de habitar, los sistemas de gobernabilidad de los territorios y los relatos de ciudad vehiculados por los proyectos de arquitectura, de urbanismo o de paisaje. Nos extendimos sobre este último aspecto para reunir elementos que permitieran evaluar lo que el relato del desarrollo sostenible podía tener de inédito en términos de elección de naturaleza urbana, de red de territorios y de concepción del espacio público. Llegamos al tema de este recorrido con la idea de que el relato del desarrollo sostenible vehicula, desde el punto de vista que nos ocupa, dos ideas nuevas: reconoce el carácter finito de los recursos del medio ambiente y expresa la conciencia de que el hombre ya no está por encima de la naturaleza, sino que le pertenece. Por el contrario, las vertientes semánticas de las que el relato extrae los recursos ideológicos de lenguaje y los recursos formales de su concretización son globalmente las mismas que aquellas de los grandes relatos que han marcado la historia del urbanismo desde fines del siglo XIX. Esto genera una variante progresista que tiene como motivación la confianza en los seres humanos y en su capacidad de llevar a buen puerto un escenario de crecimiento y de progreso, y que acepta el precio de hacerlo, es decir la disolución de la ciudad en las redes de la metropolización y la adaptación funcional del territorio a las exigencias de la globalización económica. La única condición restrictiva aportada en esta versión sostenible del discurso del progreso es que hay que recurrir a tecnologías «limpias» y «verdes», lo que además se interpreta como un nuevo desafío en términos de crecimiento y de progreso. El lado opuesto, la versión naturalista del relato, presenta al hombre como enemigo de una naturaleza que se debe proteger y reposa sobre un escenario globalmente anticuidad. En cuanto a la versión culturalista, esta funciona sobre el temor de la disolución de la ciudad en el campo y la pérdida de las identidades locales pero igualmente toma nota de que no se puede rechazar la realidad de la dispersión. Esta preconiza la implementación de sistemas urbanos donde la apertura del espacio se prevé según tres modalidades: el espacio abierto, incluyendo el espacio agrícola, recortado «en vacío» en la continuidad del fondo construido de la ciudad compacta; el cinturón verde destinado a impedir las coagulaciones entre aglomeraciones, y diferentes formas de redes verdes y azules que aseguran las continuidades ecológicas y una disposición en paisaje de las redes técnicas. Una variante funcionalista del relato —a cargo de los *landscape planners* holandeses— ve este sistema como una partición reglamentada del paisaje, en tanto que una variante territorialista, representada particularmente por Alberto Magnaghi y la escuela territorialista italiana, corresponde a una concepción más global de la ciudad, donde el establecimiento humano se fusiona con el paisaje natural en un *paisaje de cultura*. El paisaje habitado toma allí una dimensión cultural y política nutrida por el *espíritu* de los lugares (*genius loci*).

Todos estos relatos actúan simultáneamente en la hiperciudad europea. Los distintos relatos son portadores de figuras territoriales muy distintas y corresponden a prácticas del espacio, a coaliciones de actores, a discursos científicos, a producciones simbólicas y a juegos de poderes singulares. Se yuxtaponen, se encabalgan o se proyectan a manera de un telescopio, instituyendo la hibridación como principio estructurante de la realidad espacial.

No obstante, se plantea la cuestión de saber si la metáfora de la hiperciudad, fecunda para describir la evolución del espacio urbanizado europeo como fenómeno, es una buena idea para concebir las alternativas de proyecto de «metropolización del mundo». ¿Su poder de evocación —como por lo demás aquél de internet— no pone en riesgo de avalar —e incluso acelerar— un proceso de «desterritorialización» criticado por numerosos autores, particularmente la de Magnaghi que hemos evocado anteriormente?

Por cierto, se trata de una metáfora, y como previene Corboz, «la analogía no se puede llevar hasta la homología, desde el momento en que ella no da cuenta de toda la realidad» (1997, p. 222). ¿Pero acaso no habría que integrar al menos en la representación la cuestión de la gobernabilidad de la hiperciudad? Sabemos que el ciberespacio está dominado por empresas privadas cuya principal ambición es valorizar sus activos (Blackberry, Cisco, Facebook, Google, Microsoft, Twitter, etcétera). ¿El régimen de la hiperciudad no está también dominado por la tendencia a la desregulación en la que cada participante privado no percibe más que su propia lógica, haciendo imprevisible el resultado para el territorio en su integridad y cada vez más aleatorio el poder público de organización? Las cuestiones como la habitabilidad de los lugares, el espacio público o el desarrollo local «autosostenible» a menudo no forman parte del objeto social de los actores que dominan el juego. Es en este contexto que conviene plantearse la problemática de la apertura del espacio.

Magnaghi esboza una pista de respuesta que nos invita a volver a interrogar la dimensión comunitaria allí donde la sociedad no invita más que a un multiculturalismo. La institución del círculo local, lugar de la comunidad extendida a la ecorregión, ¿es la condición necesaria para permitir que el planeamiento del territorio y el urbanismo vuelvan a ser disciplinas coordinadoras, atentas a los impactos sociales y ecológicos? Es en este sentido que hay que trabajar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Berque, Augustín (2009). *El pensamiento paisajero*. Madrid: Biblioteca nueva.
- Choay, Françoise (1965). *L'urbanisme: utopies et réalités*. París: Le Seuil.
- Claval, Paul (1978). *Espace et pouvoir*. París: Presses Universitaires de France.
- Clément, Gilles (2004). *Manifiesto del tercer paisaje*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Corboz, André (1997). *La Suisse comme hyperville*. Conferencia dada en el congreso «Suburbanisme et paysage» organizado por la Sociedad Francesa de Arquitectos. París, 29 de abril.
- Corboz, André (2001). La description: entre lecture et écriture. En *Le territoire comme palimpseste et autres essais* (pp. 249-258). Besanzón: Editions de l'Imprimeur.
- Conférence Permanente du Développement Territorial (CPDT) (2005). *L'occupation du sol en Wallonie*. Plaqueta 5. Namur: Ministerio de la región Valonia.
- Donadieu, Pierre & Perigord, Michel (2007). *Le paysage. Entre natures et cultures*. París: Armand Colin.
- Foucault, Michel (1984). Des espaces autres (conferencia en el Círculo de Estudios Arquitectónicos, del 14 de marzo de 1967). *Architecture, mouvement, continuité*, 5, 46-49.
- Hidding, Marjan & Teunissen, André (2002). Beyond fragmentation: new concepts for urban-rural development. *Landscape and Urban Planning*, 58(2-4), 297-308.
- Lamizet, Bernard (2007). La scène publique. La médiation esthétique de l'urbanité. En Sanson, P. (dir.), *Le paysage urbain. Représentations, significations, communication* (pp. 345-364). París: L'Harmattan.
- Lamizet, Bernard (2008) Le concept de territoire urbain. En Cousin, S.; Da Lage, E.; Debruyne, F. & Vandiedonck, D. (dirs.), *Le sens de l'usine. Arts, publics, médiation* (pp. 75-84). París: Créaphis.
- Le Breton, Eric (2008). *Domicile-travail. Les salariés à bout de souffle*. París: Les Carnets de l'Info.
- Magnaghi, Alberto (2003). *Le projet local*. Lieja: Pierre Mardaga.
- Mantzias, Panos (2008). *La ville-paysage. Rudolf Schwarz et la dissolution des villes*. Ginebra: Métis Presses.
- Mc Lean, Alex (2003). *La fotografía del territorio*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Newman, Peter & Kenworthy, Jeffrey (1999). *Sustainability and cities*. Washington DC: Island Press.

- Peemans, Jean-Philippe & De Rijk, Kim (2004). *Mobilité et paysage. Les rapports entre espaces urbains, péri-urbains et ruraux. Convergences et divergences des regards du développement et de l'urbanisme*. Lovaina la Nueva: Presses Universitaires de Lovain.
- Remy, Jean & Voyé, Liliane (1981). *Ville, ordre et violence: formes spatiales et transaction sociale*. París: Presses Universitaires de France.
- Secchi, Bernardo (2004). De l'urbanisme et de la société? *Urbanisme*, 339, 78-84.
- Simmel, Georg (1984). Digression sur l'Etranger. En Grafmeyer, Y. & Joseph, I. (eds.), *L'école de Chicago. Naissance de l'écologie urbaine* (pp. 53-61). Cuarta edición. París: Aubier Montaigne.
- Smets, Marcel (2004). Projets de ville, entre local et global. En Declève, B & Hibo, D. (coords.), *Développement territorial et mutations culturelles* (pp. 129-136). Lovaina la Nueva: Presses Universitaires de Lovain.
- Steenbergen, Clemens (2001). Arquitectura y paisaje: la proyectación de los grandes jardines europeos. Barcelona: Gustavo Gili.
- Walter, François (2004). *Les figures paysagères de la Nation. Territoires et paysages en Europe. XVIe-XXe*. París: École des Hautes Études en Sciences Sociales.
- Younès, Chris (dir.) (2000). *Ville contre-nature*. París: La Découverte.